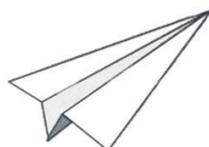


Vivir para contarlo



Violencias y memorias en América Latina

Editado por
Ana Guglielmucci y Sigifredo Leal



Papeles del Viento Editores

Vivir para contarlo

Violencias y memorias en América Latina

editado por

Ana Guglielmucci y Sigifredo Leal

Papeles del Viento Editores

Papeles del Viento Editores
Bogotá, 2015
ISBN: 978-958-46-5826-5



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>.

Fotografía de portada: Un artista del colectivo Beligerarte participa de la elaboración de un mural alusivo a la desaparición de sobrevivientes de la toma y retoma del Palacio de Justicia de Colombia en 1985 por la guerrilla del M-19 y las fuerzas del Estado, y la lucha de sus familiares por encontrarlos y alcanzar verdad, justicia y reparación. La obra fue elaborada colectivamente por los integrantes del colectivo Beligerarte y los familiares de los desaparecidos del Palacio de Justicia. Bogotá, noviembre 6 de 2013. © Sigifredo Leal

Diseño interior y de tapa: Jan Schneider

13 **Etnografías sobre la violencia: aproximaciones desde las experiencias de investigación del grupo Cultura, Violencia y Territorio de la Universidad de Antioquia**

Irene Piedrahita Arcila

*Catalina Carrizosa Isaza**

Introducción

Nuestro lugar de formación como investigadoras-etnógrafas ha sido el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio (en adelante CVT) de la Universidad de Antioquia, Colombia.¹ Durante trece años ininterrumpidos de trabajo, el grupo ha formado a múltiples investigadores sociales en el marco de los distintos proyectos allí formulados. Si bien las temáticas han variado conforme han pasado las coyunturas académicas y políticas del país, los análisis sobre la violencia han sido la línea transversal que une a todos los trabajos desarrollados al interior del grupo, en donde las reflexiones teórico-metodológicas en torno al quehacer del investigador en estos contextos han sido fundamentales para construir críticamente nuestras producciones académicas. Uno de los lugares para esas reflexiones ha sido un seminario interno realizado mes a mes durante los trece años, en el cual se han expuesto resultados de las investiga-

* Este artículo se basa en las reflexiones suscitadas al interior del grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio, y en el trabajo de los investigadores Elsa Blair, Ana María Muñoz, Natalia Quiceno, Isabel González, Germán Arango y Camilo Pérez Quintero, quienes han desarrollado los proyectos que a continuación referenciaremos.

¹ Fundado por la socióloga e investigadora Elsa Blair Trujillo, quien ha dedicado su vida académica al estudio de la violencia en Colombia. Información sobre la historia del grupo y la trayectoria de la profesora Blair, se encuentra disponible en el libro producto de su año sabático de 2009, titulado *Un itinerario de investigación sobre la violencia. Contribución a una Sociología de la ciencia* (Blair, 2010).

ciones, pero sobre todo se han compartido dudas, disertaciones y preguntas que surgen en el proceso de ejecución de las pesquisas.

En el marco de uno de los seminarios durante el 2012 surgió la propuesta de realizar un curso-taller sobre etnografías de la violencia partiendo de la siguiente premisa: la violencia en Colombia ha tendido a naturalizarse y en la academia colombiana han primado, en muchos casos, estudios macro que han limitado el espectro de análisis y han sesgado las conclusiones de algunas investigaciones. Sin embargo, algunos grupos y centros del país, como es el caso del grupo CVT,² han propendido por realizar trabajos de carácter micro-estructural, en donde han primado lo cotidiano, lo cultural y lo simbólico para comprender y analizar los impactos de la violencia en Colombia desde perspectivas etnográficas que permiten analizar la violencia como un fenómeno más complejo que lo propuesto desde visiones macro-estructurales.

El curso, denominado *Laboratorio de etnografías sobre la violencia*, se realizó en agosto de 2012, y en él las experiencias investigativas, políticas y éticas de los investigadores del grupo fueron presentadas a diferentes estudiantes y profesionales de las ciencias sociales interesados en conocer el potencial de la etnografía para investigar en contextos de violencia. Este curso, considerado un escenario fecundo para la continuidad de las reflexiones del grupo, produjo una serie de reflexiones que evidenciaron la importancia de pensar los impactos de diferentes violencias a partir de un enfoque etnográfico y que suscitaron la escritura del presente texto. Por ello, en este documento mostraremos la potencia del enfoque etnográfico para comprender fenómenos violentos y para generar en las comunidades procesos más participativos y politizados que permiten su transformación. Haremos lo anterior trayendo a colación dos experiencias de investigación que se construyeron o fortalecieron en el marco de las discusiones del grupo.

El capítulo iniciará presentando el abordaje teórico que se ha hecho a los conceptos de violencia y etnografía desde el grupo de investigación. Posteriormente, mostraremos el potencial de la etnografía para trabajar en contextos violentos a través de las dos iniciativas mencionadas: la primera consiste en un trabajo sobre memoria y tejido con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza del municipio de Sonsón (departamen-

² Dentro de estos centros también podemos mencionar al Centro de Investigación y Educación Popular/Programa Por la Paz (CINEP-PPP), o los trabajos de algunos investigadores del país como Myriam Jimeno, María Victoria Uribe, María Clemencia Ramírez o Alejandro Castillejo.

to de Antioquia), y la segunda tiene que ver con etnografías audiovisuales adelantadas con jóvenes en barrios periféricos de Medellín (Antioquia). En ambos casos puede verse un enfoque de etnografía colaborativa que da cuenta de un abordaje horizontal para comprender contextos en donde operan múltiples formas de violencia.

Conceptualizar la violencia

¿Cómo aceptar que la violencia existe, que es nuestro “objeto” de estudio y que no podemos definirla? Ese es, sin duda, un reto para los analistas en lo que a la producción teórica se refiere, cuando nos paramos desde el lugar de la conceptualización, para poder producir la teoría. ¿Y cómo no hacerlo desde ahí si esta es una de las primeras “lecciones” que aprendemos cuando hacemos investigación? En efecto, los conceptos los utilizamos queriendo “aprehender” con ellos la realidad social y poder entender y explicar los fenómenos que estudiamos. Pero, ¿y si los pudiéramos “aprehender” de otra manera?, ¿si pudiéramos llegar a entender la realidad y a explicarla por otro camino?, ¿y si, quizás, conceptualizándola, no sea la manera de llegar a ella? (Blair, 2009: 30).

Las trayectorias de los investigadores del grupo CVT, el contexto en que vivimos y las comunidades visitadas en lo rural y lo urbano, han posibilitado que se establezcan relaciones con la violencia aun cuando esta no se encuentre en el centro de la reflexión académica o en la mira de los objetivos de las investigaciones que formulamos. Ello nos ha llevado a pensar que la violencia se impone, subyace, nos habita, nos construye, nos permea, nos atraviesa. Dejarla de lado, desconocerla, hacer como si no fuera un factor que incide en las realidades, es disponerse a que los análisis se alejen de una reflexión un tanto más sensata. No se trata de que todo se piense y diga en clave de violencia, pero esta, en definitiva, es un elemento de comprensión y análisis “obligado” para pensar las realidades sociales en nuestro contexto, puesto que, en palabras de Philippe Bourgois (2009: 29),

[l]a violencia castiga desproporcionadamente a los sectores estructuralmente vulnerables de la sociedad y frecuentemente no es reconocida como violencia ni por las víctimas ni por los verdugos, que a menudo son uno y lo mismo. La omnipresencia de la violencia y las formas perniciosas en las que esta se transforma y se vuelve invisible, es malinterpretada tanto por protagonistas

como por víctimas [y] precisa una aclaración teórica que tiene ramificaciones políticas.

La violencia como concepto ha tenido un sinnúmero de abordajes desde diversas disciplinas y perspectivas que han buscado su definición o, por lo menos, ciertos acuerdos en torno a esta. Elsa Blair ha hecho todo un trabajo de seguimiento a la trayectoria del concepto y problematiza dicha búsqueda al punto de evidenciar la imposibilidad de llegar a una única definición. Sin embargo, es esta dificultad la que evidencia la importancia de la tarea, así como la de atender a perspectivas multidisciplinares y de comprender que la violencia tiene diversas expresiones.

Como plantea Ted Gurr (en Klineberg, 1980), la violencia, en términos generales, es un comportamiento social adquirido, y tras la imposibilidad de encontrar una única causa a las múltiples formas en que tiene lugar, es un fenómeno multidimensional. Esta multidimensionalidad hace, a su vez, que se restrinja la posibilidad de una definición del concepto para ser aplicada en diferentes contextos (Blair, 2009), pues como expresa el antropólogo Santiago Villaveces, “la conceptualización de la violencia borra en sí misma el hecho violento” (en Blair, 2009: 23). Es en ese sentido que es preciso aceptarla en su dinamismo para tener sensibilidad ante su presencia en la vida cotidiana.

En el reconocimiento de que la violencia trasciende esa concepción inicial propia del conflicto armado como el “conjunto de relaciones de fuerza donde el poder está mediado por las armas y cuyo fin último es la destrucción física del adversario” (Blair, 2009: 19), se habla de la multivariación de la violencia. De ahí que varios autores propongan hablar de las violencias (en plural) puesto que “al lado de la violencia política hay una violencia socioeconómica, una violencia sobre los territorios y, finalmente, una violencia socio-cultural por la defensa del orden moral o social o por el derecho a la diferencia” (Blair, 2009: 26). De ahí que, siguiendo las palabras de Blair,

no es solo la fuerza de las armas lo que caracteriza la violencia propia del conflicto político; en ella están, y de manera importante, otras “violencias” y/o otras formas de violencia como el terror y la crueldad, generados a partir de amenazas, rumores, intimidaciones produciendo más violencia. O, en todo caso, lo que yo llamaría una violencia más profunda: no solo la que se queda en la dimensión física de los cuerpos, sino la que afecta otros aspectos en la subjetividad de los individuos y de las sociedades: ya no sólo

sus cuerpos sino sus espacios vitales, sus significaciones, el sentido de su orden (2009:31).

De esta concepción “abierta” de la violencia Kalyvas plantea que esta “intuitivamente, se adapta a la descripción antes que a la teoría” (2001: 5). Es precisamente ese abordaje “descriptivo” o más contextualizado el que permite desentrañar o aproximarse a las realidades sociales permeadas por la violencia en sus cotidianidades, pues, en una doble vía, esa presencia de la violencia en la vida cotidiana marca o da lugar a los eventos violentos más visibles pero, desafortunadamente, con frecuencia queda en la sombra y no es censurada porque esto sería condenar, en últimas, las formas que conocemos para relacionarnos.

Para estudiar contextos donde esas formas de violencia se han diluido en la cotidianidad hasta su invisibilidad, resulta de gran utilidad el encuadre teórico que propone Bourgois en torno a tres procesos de violencia “invisibles”, ubicados en un continuo atravesado por relaciones de poder y que se superponen dando lugar a su reproducción, así como a las estructuras políticas de desigualdad desde donde se producen. Estos tres procesos son la violencia estructural, la violencia simbólica y la violencia normalizada o cotidiana, propuestos como punto de partida analítico que instan al “reconocimiento de raíces, vínculos, tentáculos, diversidad, omnipresencia y ‘mala fe’ de la violencia en la vida cotidiana.” (Bourgois, 2009: 30).

La violencia estructural está dada por instituciones, relaciones y campos de fuerza que pueden ser identificados en expresiones como el racismo, la inequidad de género, las relaciones desiguales de intercambio, entre otras. Por su parte, la violencia simbólica, concepto desarrollado inicialmente por Bourdieu, alude a la manera en que los sectores dominados naturalizan su situación y se hacen responsables de la misma, legitimándola, naturalizándola. Finalmente, la violencia normalizada sería ese proceso de asimilación de las acciones violentas en la cotidianidad, tanto que logran volverse invisibles esos “patrones sistemáticos de brutalidad” (Bourgois, 2009).

Las fronteras entre esos tres procesos son difusas, y entre ellos pueden moverse las violencias cotidianas o estructurales que permean las diferentes realidades sociales. Este abordaje teórico aporta elementos para el análisis y teorización etnográfica sin enmarcar estrechamente el concepto de violencia, sino albergando su dinamismo y la multiplicidad de formas en que esta se expresa en la vida social. Aceptar el hecho de que

estos tres procesos se entrelazan, se superponen, constituye una estrategia de análisis para acercarse a las múltiples expresiones de las violencias en el contexto colombiano.

Aproximaciones a las etnografías sobre la violencia en el contexto colombiano

La manera en que hemos concebido la etnografía desde el grupo CVT para poder analizar los distintos fenómenos violentos que ocurren en un país como Colombia, tiene que ver con una mirada situada en el punto de vista de quienes han padecido de formas diversas la violencia. Es decir, hemos entendido la etnografía como “un enfoque que desde el acercamiento directo a las víctimas propone reflexiones sobre los sentidos asignados a sus memorias, al pasado, al presente y al futuro de sus barrios, de sus historias individuales y colectivas” (Quiceno, 2008: 183).

En efecto, la etnografía, en tanto método y enfoque, nos ha permitido construir puentes entre pasado, presente y futuro, en la medida en que indaga por el sujeto y su construcción colectiva. La etnografía siempre está navegando entre las vivencias que tienen los sujetos y que constituyen contextos, entre lo que sucede actualmente en cada uno de esos lugares y sus proyecciones y futuros. Por ello consideramos la etnografía como una manera de acercarse a esas formas subjetivas de las comunidades para *ser en el mundo*, y, en ese sentido, la etnografía constituye una apuesta metodológica, política y ética para entender el impacto de la violencia en la vida cotidiana de las comunidades, puesto que los resultados serán interpretaciones hechas por el investigador sobre la visión del Otro, y esto, a su vez, es producto del contacto directo entre investigador e investigado.³

Al estar situada, es decir, al permanecer localizada en unos contextos y en unos sujetos determinados, la etnografía permite concretar el tipo de conocimiento que va construyéndose en el trabajo de campo. La etnografía entonces posibilita el ejercicio teórico pero a partir de la interlocución entre los sujetos que en ella aparecen, bien sean investigados o investigadores. De hecho, la línea entre ellos es bastante difusa, y eso hace que la etnografía sea una metodología reflexiva, la cual,

³ Somos conscientes de los debates actuales sobre los textos etnográficos, en los cuales se discute activamente sobre el papel de la representación y de la autoridad etnográfica. Sin embargo, por cuestiones de espacio, no podremos mencionarlos en este texto.

[...] exige un entrenamiento específico y denso, es siempre emergente, y puede ser concebida como un proceso en el que se establecen dinámicas de retroalimentación entre teoría y práctica, entre realidad y texto, entre diseños de investigación y situaciones cambiantes, entre escenarios de campo y aplicación de técnicas de investigación, entre la posición del investigador y la de los informantes, entre los investigadores y las audiencias de sus textos, etcétera. (Ferrándiz, 2008: 93)

La etnografía no solo consiste en una suerte de *artes adivinatorias o metafísicas* en las que el etnógrafo es poseedor de la verdad y de las técnicas para acceder a ella. Al contrario, el trabajo del etnógrafo es una labor rigurosa, consistente a la hora de unir pasado, presente y futuro, es decir, consecuente con los procesos que van hilándose en un contexto determinado. De ahí la importancia de conocer la historia, de indagar por aquellos mojones del pasado que inciden en el presente de una comunidad, y de permitir que el trabajo etnográfico se convierta en un escenario intersubjetivo de comunicación constante. De hecho, este carácter espacio-temporal de la etnografía posibilita que coexista en ella una necesidad de interdisciplinariedad, en donde los conocimientos de la historia, la sociología, la economía y la ciencia política pueden resultar fundamentales para comprender los fenómenos que se pretenden abordar con enfoque etnográfico. De ahí que la etnografía no solo beba de la antropología y que su uso se haya vuelto frecuente en investigaciones con objetivos diversos.⁴

El sujeto que investiga es un actor protagonista y no un espectador dentro de la investigación, mucho más cuando nos referimos a etnografías sobre la violencia, en donde resulta imposible que el investigador no resulte inmiscuido en los procesos de los sujetos, o que no logre potenciar acciones colectivas o individuales en aquellos con quienes interactúa. Ello implica que su responsabilidad va más allá de armar un rompecabezas con los datos de campo, en la medida en que su papel consiste en ser una ficha más de ese rompecabezas. Así pues, “es difícil separar la etnografía, en la forma que la hemos desarrollado en estos contextos de vio-

⁴ En Colombia, por ejemplo, el enfoque etnográfico prima en aquellas investigaciones que buscan trabajar con comunidades locales. Independientemente de si el objetivo de la investigación se inscribe en alguna rama de la antropología, diferentes profesionales se han acercado a este enfoque –desde sus técnicas y formas de trabajo– para comprender de una manera más vívida cada pregunta que ronda la investigación.

lencia y de guerra, de los desafíos éticos que ella conlleva” (Blair, 2012: 132).

Así mismo, la etnografía como producto, es decir, entendida como las maneras de narrar y de contar lo visto cuando se explora una problemática específica, permite dimensionar de otra manera los impactos de la violencia en la vida cotidiana, y establece nuevas preguntas e interpretaciones para responder los “porqués” recurrentes en los cuestionamientos que hacemos los colombianos sobre lo que sucede en nuestro país desde hace ya varias décadas (Berrío et al., 2011). De esta manera, una comprensión de la etnografía como producto permite evidenciar los impactos de la violencia en espacios cotidianos y, de este modo, desafía los discursos macro, abstractos y estructurales con los que se ha abordado tradicionalmente la violencia en Colombia.⁵

La mirada etnográfica para analizar fenómenos violentos en el ámbito colombiano ha posicionado un análisis cultural y simbólico de la violencia, dado que la perspectiva que logra exaltar ubicó nuevos escenarios de análisis y nuevas maneras de concebir las violencias presentes en el país (Blair, 2012). El caso colombiano, como proponíamos en páginas anteriores, es particular, en tanto las vivencias de la mayoría de investigadores sociales están transversalizadas por la violencia, bien sea porque ella es su objeto central de indagación, porque sus “sujetos de estudio” están marcados por la violencia directa o indirectamente, o porque el investigador mismo se ha visto afectado, personalmente, por procesos de violencia. De ahí que desde el grupo CVT hayamos propendido por comprender la etnografía como un enfoque de investigación activo, que contiene un alto componente político, y que permite la realización de trabajos colaborativos que van más allá de la escueta extracción de datos o de la instrumentalización de los sujetos con quienes interactuamos en las investigaciones.

Esta manera de comprender la etnografía parte de los postulados de la antropóloga Joanne Rappaport, quien establece la importancia de considerar los trabajos etnográficos como trabajos en colaboración⁶, lo que

⁵ Un ejemplo de ello en el grupo, además de los que se referenciarán más adelante, son las investigaciones del sociólogo Nicolás Espinosa en la Serranía de la Macarena. El investigador ha buscado mantener unos diálogos horizontales y continuados con las comunidades, y ha mostrado las vivencias de La Macarena a partir de un enfoque etnográfico. Véase, por ejemplo, Espinosa, 2010.

⁶ El debate que propone Rappaport no es nuevo. De hecho, varios antropólogos, desde principios del siglo XX hasta nuestros días, han planteado la importancia de considerar

implica hacer énfasis en el trabajo de campo. Allí lo que sucede no es una simple recolección operativa de datos, sino una “interpretación colectiva” en donde investigadores e investigados tienen un papel fundamental, y producen algo que se denomina co-teorización, la cual puede definirse “como la producción colectiva de vehículos conceptuales que retoman tanto a un cuerpo de teorías antropológicas como a los conceptos desarrollados por nuestros interlocutores” (Rappaport, 2007: 204).

La etnografía en colaboración, por ende, implica un compromiso político de los investigadores que va más allá del quehacer académico. Implica un proceso reflexivo y constante del etnógrafo frente a lo que vive en campo, frente a lo que escribe y lo que siente. En esa medida y siguiendo a Rappaport,

a lo que tenemos que apuntar es hacia la colaboración, porque no creo que vayamos a transformar ni a la antropología ni lo que observa la antropología. Creo que podemos transformar la manera como la gente con quienes trabajamos percibe la antropología, pues hay una percepción super negativa en muchos lugares [...]. Lo que podemos hacer es redefinir lo que hacemos los académicos, no tanto para transformar la realidad sino para transformar las relaciones que podemos tener con organizaciones sociales, eso sí. (Rappaport en Tapias y Espinosa, 2010: 345, 346)

Este argumento resulta revelador para los estudios sobre la violencia en Colombia. En un contexto como el del país, donde hay amplia bibliografía sobre la situación del conflicto armado,⁷ pareciera que hace falta algo que permita construir de manera diferencial las investigaciones sobre el tema. La etnografía en colaboración, es decir, esa construcción del conocimiento de manera colectiva, puede aportar más a las comunidades, y puede convertir la etnografía en una metodología con un potencial político que ayude a comprender y transformar los contextos sociales en los cuales se sostienen las violencias.

Dentro de los trabajos del grupo CVT podemos señalar dos casos fundamentales para comprender el proceso de la etnografía en colaboración

el trabajo colaborativo al momento de hacer etnografía. Sin embargo, para Rappaport, las particularidades de Colombia en términos de violencias, grupos étnicos, conflictos internos, entre otras, han permitido una vinculación directa entre el trabajo académico y las posiciones políticas de quienes investigan (Rappaport, 2007).

⁷ Por ejemplo, los textos académicos de Gonzalo Sánchez, Elsa Blair, Myriam Jimeno, Daniel Pécaut, Teófilo Vásquez, Ingrid Bolívar, Clara Aramburo, Nicolás Espinosa, Fernán González, entre otros.

en contextos de violencias: en primer lugar encontramos el trabajo hecho con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón a través del tejido y la reconstrucción de la memoria; en segundo lugar el trabajo etnográfico que han realizado algunos de nuestros investigadores alrededor de la producción audiovisual con jóvenes de Medellín, en conjunto con la Corporación Pasolini de la misma ciudad. A continuación nos centraremos en esos casos significativos.

Tejiendo memorias: la experiencia del costurero de Sonsón

Una de las experiencias de trabajo colaborativo en contextos marcados por la violencia es la del costurero "Tejedoras por la memoria de Sonsón". Este espacio surge a partir de un proyecto de extensión⁸ realizado desde el grupo de investigación⁹ con el objetivo inicial de fortalecer organizativamente la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza del municipio de Sonsón. A partir de la metodología empleada, –el tejido–, la confianza generada entre asociadas e investigadoras, y al evidenciar la necesidad de dar continuidad al trabajo convirtiéndolo en un proceso, el proyecto tuvo una segunda fase donde se consolidó el costurero y, alrededor del aprendizaje de un oficio, se fueron construyendo las memorias y tejiendo los lazos sociales rotos por la violencia, el miedo y el desamparo institucional.

Azotado por el conflicto armado que ha tenido lugar en el país en las últimas décadas, el municipio de Sonsón fue, como muchos otros, escenario de múltiples confrontaciones, muertes, desapariciones y

⁸ Los proyectos de extensión son iniciativas que promueven la articulación y vinculación entre la Universidad y el medio social. Su objetivo central es contribuir a la promoción del desarrollo local y regional mejorando la calidad de vida de la población. Cada año se realiza una convocatoria pública que cuentan con asignación de recursos humanos, materiales y financiamiento para la ejecución de un conjunto de actividades interrelacionadas necesarias para el logro de objetivos específicos en determinada área o línea (González, 2013).

⁹ El proceso realizado con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón comenzó con el proyecto "Memorias, luchas políticas y ciudadanías la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón" que dio lugar a la formulación y ejecución de una "segunda fase" para dar continuidad al trabajo que se había comenzado con el proyecto "Desde lo local: Memorias y luchas por el fortalecimiento de La Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón". Todo el proceso ha sido liderado por la investigadora Isabel González Arango, pero también ha contado con la participación de otras investigadoras como Ana María Muñoz.

desplazamientos forzados que impactaron fuertemente a su población. Fue en este marco que empezaron a generarse importantes procesos de participación donde las víctimas de este conflicto empezaron a organizarse en la búsqueda de su reconocimiento para la visibilización de los hechos ocurridos que habían cambiado por completo sus vidas, así como para resistir a la repetición de los mismos. Allí se conformó la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón como “escenario para la reclamación de derechos, la formación y la visibilización de las víctimas del conflicto armado, dando continuidad a procesos locales y regionales de construcción de paz” (González, 2013: 12).

Apoyados en metodologías constructivistas y en un enfoque colaborativo de la investigación, el trabajo desde el grupo CVT con la Asociación de Víctimas constituyó, más que una indagación teórica, una propuesta de compromiso social y político. Así, el propósito fundamental de las investigadoras que participaron en este proceso consistió, en conjunto con las personas de la asociación, en

la construcción de reflexiones conjuntas en torno a la memoria, la reparación, la reconciliación, la participación y el fortalecimiento organizativo, desde metodologías que simultáneamente, apuestan por la reflexión conceptual y por la enseñanza de técnicas y oficios como el tejido, buscando así reconocer y potenciar el valor de sentidos propios, construidos desde el saber que cada individuo posee. (González, 2013: 14)

Uno de los principales resultados de este proceso consiste en la consolidación del Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón¹⁰ como “espacio de memoria” donde se encuentran personas adultas, jóvenes, hijos e hijas de asociadas, la gran mayoría mujeres, que se reúnen periódicamente a tejer, práctica en torno a la cual

visibilizan historias y memorias como propuesta “desde abajo” para agenciar aprendizajes, que recrean los conocimientos y vivencias de las mujeres, a la vez que validan lenguajes y formas de expresión como los tejidos; dispositivos para narrar, sensibilizar y

¹⁰ En el costurero han tenido una participación activa los jóvenes –generalmente hijos y nietos de las asociadas– quienes se han integrado permanentemente al proceso, haciendo el registro fotográfico de los encuentros, ayudando con la logística e incluso tejiendo. Igualmente se han hecho trabajos específicos con ellos como el “Laboratorio de Imágenes y Memoria”, resultado del proyecto de extensión de 2009 y la muestra fotográfica “Memorias Cotidianas de Tejidos y Píxeles”, resultado del proyecto de extensión de 2010.

proponer reflexiones sobre las luchas de las víctimas/sobrevivientes del conflicto armado. (González, 2013:14-15)

La construcción de este espacio requirió fundamentalmente de la confianza que fue generándose por parte de las asociadas hacia las investigadoras, a partir del acompañamiento y disposición a escucharlas, a no presionar las conversaciones, a compartir la compañía, los silencios, a entender que la presencia de la violencia en sus vidas, en múltiples expresiones y dimensiones, determina igualmente la manera en que construyen o establecen sus relaciones. Esta estrategia, compromiso y convicción frente al trabajo realizado, es lo que ha permitido generar un proceso de transformación y consolidación del costurero.

El costurero y los objetos que allí se crean permiten tramitar el dolor, las tristezas, los miedos e inseguridades, todos los vestigios generados por la violencia y hasta expresiones de esta misma potenciadas por la imposibilidad, en otros momentos, de comunicarse y reunirse, por la ruptura de los lazos sociales. Estos objetos son dispositivos de memoria y empoderamiento social y político y el escenario de su creación, donde confluyen la destreza manual, la palabra, el silencio es, al tiempo, escenario de producción teórica –en términos etnográficos– en tanto permite “explorar los sentidos, interpretaciones y formas de encarnar conceptos como memoria, reparación y reconciliación” (González, 2013: 20) desde las vivencias de cada una.

“Pasolini en Medellín: apuntes para una etnografía visual”¹¹

Pasolini en Medellín es una corporación sin ánimo de lucro que se dedica a la producción de etnografías visuales en zonas “periféricas” de la capital del departamento de Antioquia, es decir, zonas alejadas espacial y socialmente de las centralidades urbanas. Ésta surgió de la tesis de grado para optar al título de antropólogos de Camilo Pérez y Germán Arango (2004). A través del acercamiento a los jóvenes de la zona nororiental,

¹¹ Este es el título de la tesis de grado Germán Arango y Camilo Pérez Quintero (2004), quienes son los fundadores de la Corporación Pasolini en Medellín, y han trabajado en colectivo con el grupo CVT para la realización de proyectos de antropología visual en las zonas periféricas de la ciudad. Las producciones de la Corporación se encuentran disponibles en las siguientes direcciones web: <http://www.youtube.com/user/pasolinienmedellin> y <https://vimeo.com/pasolinienmedellin> (fecha de consulta: 6 de mayo de 2015).

una de las más conflictivas de la ciudad de Medellín, los antropólogos iniciaron un trabajo etnográfico en los barrios, realizaron talleres de apreciación cinematográfica y, en última instancia, entregaron la cámara a los jóvenes para que ellos resaltaran sus propias historias. El resultado fue una serie de vídeos en los cuales los jóvenes evidenciaron sus perspectivas sobre la ciudad, la violencia, el conflicto y diferentes problemáticas sociales.

En el 2008, y como consecuencia directa del trabajo hecho por Arango y Pérez, se consolidó la Corporación, con la que el grupo CVT ha realizado diferentes investigaciones,¹² y, aunque tanto el grupo como la Corporación son entidades independientes, los investigadores que hacemos parte del CVT nos hemos nutrido con las propuestas metodológicas que propone Pasolini en Medellín, y algunos de los realizadores audiovisuales son parte importante del trabajo académico que realiza el grupo CVT. Por ello es importante resaltar que las pretensiones de la Corporación, aunque diversas, versan en construir conocimiento colectivo con jóvenes de la ciudad de Medellín, y específicamente pretenden trabajar “con jóvenes habitantes de barrios periféricos y explorar la ciudad desde su propia perspectiva y su mirada” (Arango, et al., 2008: 1).

Esta perspectiva es importante debido a que, en Medellín, los jóvenes han estado inmiscuidos en las conflictividades urbanas, bien sea desde su actuación como víctimas o victimarios. La tendencia a estigmatizar a los jóvenes de los barrios periféricos desde las lecturas más oficiales del conflicto por su participación activa en los fenómenos violentos ha desembocado en la construcción de imaginarios colectivos en donde son considerados los enemigos, los peligrosos, los malos, muy en relación con lo que plantea Rossana Reguillo sobre la construcción social del miedo en la ciudad (2002).

La búsqueda de “los pasolinis”, como ellos se nombran, ha sido romper con dichos imaginarios construidos a partir de la violencia y la criminalización de las zonas periféricas. Para ellos, estas formas de construir al Otro son miradas externas que conceptualizan a los jóvenes, pero que no se detienen a pensar en las perspectivas propias de ellos. Por ello, la etnografía visual, y, particularmente la etnografía en colaboración, jue-

¹² Dentro de los proyectos realizados en conjunto, podemos ver el “Archivo de lo(s) Excluido(s). Memorias y Construcción de futuro en el barrio Popular no.1 de Medellín, Proyecto de investigación y formación audiovisual”, de los investigadores Germán Arango, Camilo Pérez y Vladimir Montoya. También “Ojos de Asfalto. Memoria, Hip Hop y Audiovisual” de la investigadora Ana María Muñoz Guzmán.

gan un papel importante como enfoques metodológicos para comprender, analizar y reflexionar sobre ellos y los contextos de violencia que habitan.

A través de una metodología de talleres de sensibilización articulados a partir de un eje antropológico (etnográfico) y otro audiovisual, se trabajan temas como lo urbano, los procesos migratorios, la periferia; al tiempo que se capacita en técnicas de fotografía y video, [...] o retroalimentación con la comunidad. Todo esto en el contexto de una atmósfera crítica que permita resignificar lo urbano, aportando a la construcción de un conocimiento nuevo que trascienda el contexto de la producción audiovisual (Arango, et al., 2008: 1).

La etnografía visual permite que los investigadores reivindiquen las lógicas propias de los sujetos que hacen parte de los proyectos, así como su mirada, y propone alternativas que ayudan a superar la relación joven violento / joven guerrero. Esto evidencia la fuerza de la etnografía en colaboración de estas iniciativas de investigación. En efecto, los jóvenes construyen las historias con las cámaras que les son entregadas, y a partir de allí hay una sincronía entre investigador e investigado en la que ninguno de los dos se anula. Juntos construyen conocimiento, posicionan puntos de vista, derrocan imaginarios y utilizan las imágenes para hacerlo público y evidente. La etnografía en colaboración dentro de las investigaciones de la Corporación termina siendo una estrategia que aporta tanto a la comunidad como a la academia.

En el caso de la comunidad, este tipo de trabajos le permite tener acceso a nuevos conocimientos, técnicos y sociales, sobre el contexto que habitan. También permite la reconstrucción de memoria colectiva para comprender, reflexionar y resignificar procesos de violencia. Esta etnografía les permite hacer eco en escenarios de carácter institucional o académicos, a partir de la muestra de sus perspectivas sobre las realidades que viven y, finalmente, las producciones propias de esa etnografía visual realizada en colaboración, les permiten *ficcionar* sobre sus realidades particulares.

En el caso de la academia, las etnografías visuales de Pasolini en Medellín han permitido cuestionar el quehacer teórico, metodológico y político de la antropología en contextos de violencia; han cuestionado su mirada y sus lenguajes tradicionales, posibilitando otros escenarios para el análisis, otras maneras de comunicar, otros lenguajes para entender

esa perspectiva del Otro que tanto busca la antropología; y han permitido encontrar distintas conceptualizaciones para el papel de la etnografía en contextos de violencia como los colombianos.

Conclusiones

El recorrido y las discusiones realizadas en el marco del grupo CVT nos permiten asegurar que, para el caso de la academia colombiana, hay un consenso en la idea de la violencia como un proceso multidimensional y multivariable. Esta manera de comprenderla evidencia que este fenómeno tiene diferentes expresiones, invitándonos como investigadores, académicos y etnógrafos a no entender la violencia como un concepto generalizante o construido bajo un solo marco conceptual. De allí que, en muchos casos, sea mejor hablar de violencias en plural.

Al atender al carácter múltiple de la violencia es necesario comprender que esta permea muchas de las dimensiones de la vida de los sujetos, lo cual implica que se vuelva un asunto cotidiano arraigado a las distintas dimensiones de las relaciones sociales. Ello puede aprehenderse a través de categorías analíticas como las propuestas por Philippe Bourgois, en cuyo marco el reconocimiento de las violencias estructurales, simbólicas o normalizadas, permite comprender el fenómeno más allá de análisis netamente casuísticos entre macro-estructuras. Tal desplazamiento posibilita comprender la violencia también como un fenómeno micro, insertado en las emociones y particularidades de los distintos contextos sociales.

Estos abordajes culturales y simbólicos de la violencia perfilan la etnografía como un potente enfoque metodológico para abordar los impactos de la violencia en la vida cotidiana. La etnografía permite develar cómo la violencia navega entre las relaciones intersubjetivas, se inserta en las memorias, establece códigos, moldea cuerpos y postula normativas para vivir en sociedad.

Si bien muchos trabajos académicos han optado por la etnografía como herramienta y metodología, la particularidad de varias de las investigaciones del grupo CVT tienen que ver con el enfoque colaborativo, tal como muestran las dos experiencias descritas anteriormente. La relación cercana que van creando los investigadores con los sujetos con quienes trabajan, permite que haya una construcción colectiva del conocimiento, y que la relación entre academia y sociedad trascienda de la mera publi-

cación de artículos académicos, esto es, que la etnografía deje de ser un simple producto y pase a ser una acción política.

Finalmente, vale la pena resaltar que el hecho de que la violencia sea tan escurridiza y tenga múltiples interpretaciones, hace que el investigador no pueda quedarse con estrategias teórico-metodológicas esencialistas y generalizantes. Por el contrario, debe apelar a la creatividad en el método y en las técnicas, y a la apertura conceptual que permite entender las distintas manifestaciones de la violencia en esos contextos en donde la etnografía cobra vida. De allí que haya que llamar la atención sobre la necesidad de una postura activa del investigador frente a los retos que impone un trabajo etnográfico en contextos de violencia, los cuales giran en torno a la construcción horizontal que debería tener la relación entre investigador e investigado.

Bibliografía

- Arango, Germán; Pérez, Camilo; Pérez, Mónica; Vega, Jair. 2008. "Pasolini en Medellín Apuntes para una Etnografía Visual sobre la periferia, cuatro años de experiencia con jóvenes realizadores" en: <http://pasolinienmedellin.blogspot.com/2008/08/pasolini-en-medellin-paper-para-our.html>. Consultado el 2 de mayo de 2013.
- Arango, Germán y Pérez, Camilo. 2004. *Pasolini en Medellín. Apuntes para una etnografía visual sobre la periferia urbana*. Tesis de grado para optar al título de antropólogos. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Berrío, Ayder; Grisales, Marisol; Campusano, Ramiro. 2011. *Violencia y subjetividad. Narrativas de la vida cotidiana*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Blair Trujillo, Elsa. 2009. "Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición", en *Política y Cultura*, No. 32. Xochimilco, México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 9 – 33.
2012. *Un itinerario de investigación sobre la violencia. Contribución a una sociología de la ciencia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Bourgois, Philippe. 2009. "Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas", en López García, Julián; Bastos, Santiago; Camus, Manuela (eds.), *Guatemala. Violencias Desbordadas*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Espinosa, Nicolás. 2010. *Política de vida y muerte: etnografía de la violencia diaria en la Sierra de la Macarena*. Bogotá: ICANH.
- Ferrándiz, Francisco. 2008. "Etnografía como campo de Minas" en Bullen, Margaret; Díez Mintegui, Carmen (coord.), *Retos teóricos y nuevas prácticas*. País Vasco: Instituto de Lengua, Literatura y Antropología

- del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC. Asociación Vasca de Antropología, Ankulegi Antropologia Elkartea, Universidad del País Vásko.
- González, Isabel. 2013. *Un derecho elaborado puntada a puntada. La experiencia del costurero tejedoras por la memoria de Sonsón*. Inédito.
- Kalyvas, Sthatis. 2001. “La violencia en medio de la guerra civil: esbozo de una teoría”, en *Análisis Político*, No. 42, Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional de Colombia.
- Klineberg, Otto. 1980. “Les causes de la violence: approche psychosociologique”, en *La violence et ses causes*. UNESCO. París.
- Quiceno, Natalia. 2008. “Puesta en escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia”, en *Estudios Políticos*, No. 33. Medellín, julio-diciembre, pp. 181 – 208.
- Rappaport, Joane. 2007. “Más allá de la escritura etnográfica: la epistemología de la etnografía en colaboración”, en *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 43, enero-diciembre de 2007, pp. 197 – 229.
- Reguillo, Rossana. 2002. “La construcción social del miedo en la ciudad”, en *Revista Comunicación, Estudios venezolanos de comunicación*, No. 117 Caracas, pp. 70 – 80.
- Tapias, César y Espinosa, Nicolás. 2010. “El plano, los escenarios y la puesta en escena etnográfica. Una conversación con Joanne Rappaport y César Abadía”, en *Tabula Rasa*, No. 13, julio-diciembre, pp. 341-362.